

Hijos
de la
intimidad

“La generación que manifestará a Dios en la tierra”

Mariano Sennewald



CAPÍTULO 1

· *Hijos de la Intimidación* ·





*“La gloria del Padre, es ver
Su naturaleza en los hijos”*

*“Tenemos muchos hijos de costumbres
y tradiciones religiosas, que necesitan
volver a nacer del amor”*

*“Cuando Dios pone una inquietud en tu
corazón es porque Él quiere darte una
revelación”*

CAPÍTULO 1

· *Hijos de la Intimidad* ·



La noticia inundó mi vida de felicidad. Era el día de mi cumpleaños. Mi esposa me despertó con un desayuno, una pancarta muy grande con muchas fotos y frases llenas de amor y ternura. En cada imagen había textos escritos repasando las aventuras, los viajes, las experiencias de nuestros primeros años de matrimonio. Cuando creí que eso era todo, me contó que faltaba algo más y me entregó un sobre. Dijo que ese era el regalo más pequeño y a la vez más grande que recibiría en mi vida. Al abrirlo encontré el test de embarazo que notificaba que seríamos padres por primera vez. Lloramos de alegría, nos abrazamos y adoramos a nuestro Dios por la mayor corona y honra que podríamos recibir en la tierra.

A las semanas fuimos a realizar la primera ecografía. Desde ese momento mi corazón fue impactado por un amor que jamás había experimentado. El doctor dijo: “Su tamaño es como el de un grano de arroz”. Escuchar su corazón latir de manera continua y profunda, era como un mensaje directo de Dios diciéndonos cuánto nos amaba. Enseguida recordé las palabras de David: “*Mi embrión vieron tus ojos, Y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas*”¹. Pude entender que desde que éramos del tamaño de un grano de arroz ya éramos vistos por el Padre. Mi pequeña estaba captando toda la atención de quien la había creado. Era fruto del amor y la intimidad con mi esposa. Allí fue donde Dios comenzó a hablarme de este libro, de una generación de hijos de la intimidad, del amor entre Jesús y Su amada.

Así fue como comenzamos a vivir un avivamiento de amor en nuestros corazones. En ese contexto, hubo una experiencia que me marcó. Al transcurrir los primeros meses, todo el mundo quería saber el sexo de nuestro bebé. Estábamos ansiosos en cada ecografía, pero no se dejaba ver. En una de las visitas al doctor, recuerdo que pasamos con el ecógrafo

un buen rato y no podía descubrir su sexo. Él exclamó: “*Es muy raro ver a un bebé con las piernas cruzadas todo el tiempo y que en cada oportunidad que hemos intentado no destrabe sus piecitos*”. Con mi esposa comenzamos a reírnos. ¿Por qué? Porque así soy yo, no importa cómo me haya quedado dormido, siempre despierto con las piernas cruzadas. Aun cuando estoy sentado, pongo siempre un pie encima del otro (Acabo de mirarme mientras escribo este libro, y ¡así estoy ahora mismo!). Cuando le explicamos el motivo de nuestra risa al doctor, él dijo: “*Es que es así, los hijos portan la naturaleza de sus padres*”. ¡Wow! Qué revelación maravillosa. Una generación de hijos de la intimidad que portan la naturaleza de su Padre. Esa es nuestra esencia. El día que mis ojos vieron a Conie por primera vez y la tuve en brazos, mi vida cambió. Vi tanto de mí en ella, que aprendí el siguiente principio: *La gloria del Padre, es ver Su naturaleza en los hijos*. Ella no soy yo, ni su mamá, pero porta nuestra esencia. Y siempre la llevará. ¿Por qué? Porque nació de la intimidad y el amor.

Hijos de la religión o hijos de la intimidad

Dios está haciendo nacer a una generación que son hijos de la intimidad. Cuando los conoces no puedes identificarlos con una tradición religiosa sino con la naturaleza del Padre. Recuerda, la gloria del Padre es que te parezcas a Él. Hoy tenemos cientos de hijos parecidos a denominaciones y estructuras religiosas, pero pocos que representen la denominación celestial. La tierra quiere ver una generación de hijos que expresen la naturaleza divina en poder, carácter y gloria. Necesitamos hijos que puedan decir como Jesús: “Y el que me ve, ve al que me envió”.² La creación gime por la manifestación de los hijos de Dios:

“Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios”

- Romanos 8:19

¡Qué paradoja! Hoy hay más cristianos que nunca en la tierra, pero no todos viven como hijos que muestran al Padre. Existen cuarenta y un mil denominaciones evangélicas en el mundo. En naciones como Brasil o Estados Unidos, he visto tres iglesias en una misma cuadra. Hay cientos y miles de formas de culto. Se están construyendo muchos reinos pero no todos tienen el ADN del Rey. *Tenemos muchos hijos de costumbres y*

tradiciones religiosas, que necesitan volver a nacer del amor. Cuando viajo por distintas naciones y conozco cristianos es muy sencillo darse cuenta de su trasfondo. Cada hijo de la religión responde a paradigmas y clichés establecidos por el sistema. Es como si portaran un evangelio superficial, vendido en serie, poco genuino, con frases armadas y muy predecibles. Lo primero que me preguntan cuando me conocen es: “¿De qué denominación es usted pastor?” Y no quiero decir que las denominaciones no son importantes, pero cuando éstas determinan nuestra identidad y no la naturaleza del Padre, estamos en problemas. No son malas las estructuras, pero fueron creadas para sostener las edificaciones y no para limitar lo que el Arquitecto quiere edificar. No escribí este libro en contra de las denominaciones, para nada, y tampoco busco que dejes tu iglesia, al contrario, continúa leyendo y te darás cuenta. De hecho, creo que tú eres la herramienta que Dios utilizará para el cambio que los que te rodean necesitan. Pero también creo que hoy la iglesia necesita redefinir su identidad, más allá del lugar donde Dios colocó a cada hijo, debemos volver juntos a nuestra esencia, que es el regazo del Padre y desde ese lugar unirnos para derribar los muros que nos han separado por siglos. La iglesia es la gran idea de Dios que ha nacido del amor eterno de Jesús por nosotros. Leamos las palabras de Jesús a los fariseos, quiénes eran hijos de la religión:

“Sabido Jesús los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, es assolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá”

- Mateo 12:25

El mundo no quiere ver religiosos que tienen soluciones para todas las cosas y creen que pueden arreglarlo todo aunque haya que quemar en hogueras a los que no piensen como ellos. Solo necesitan experimentar el amor, el carácter, el poder y la gloria del Dios vivo a través de tus toques, palabras, abrazos y señales. No quieren discursos o sermones, quieren ver y probar a Dios a través de nuestras vidas. Si tú quieres ser uno de esos, que portan la naturaleza del Padre y que manifiestan Su sustancia a este mundo, necesitas una experiencia como la que vivió Nicodemo.

Nacidos de arriba

“Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”

- Juan 3:1-3

Quiero presentarles a Nicodemo: un hijo de la religión. Cuando era niño veía a los maestros de la ley y soñaba algún día vestir los ornamentos religiosos y enseñar doctrina al pueblo. Su máximo anhelo era llegar a integrar el Sanedrín y así definir la dirección religiosa de la nación. Se preparó toda su vida, pagó un alto precio para lograrlo, se convirtió en un experto en doctrina judía y en este momento ha alcanzado un lugar de privilegio ante los ojos de la aristocracia sacerdotal de Israel. Muchos lo consideran un principal entre los judíos. Su consejo y sabiduría es requerida por todos. Sin embargo, hay un vacío en su interior que la teología no puede llenar. Tampoco el reconocimiento del sistema religioso, ni siquiera la jerarquía que tiene en la denominación. Tiene hambre por algo que no ha probado.

De repente, encuentra a un hombre que trae vida a los preceptos que desde pequeño ha guardado. Nunca había visto esos principios más que en papiros, pero ahora los ve encarnados en un mortal de Nazaret. La pregunta rápida que viene a su mente es: “¿De qué denominación será este hombre? ¿Será saduceo, fariseo? ¿Habrà estudiado en una escuela de profetas o en un seminario de la ley? ¿Cuál será su sinagoga y quién será su rabí?”. Sin embargo, este sabio que si algo conoce a la perfección es la religión judía, con sus referentes, templos y corrientes, se da cuenta de que Jesús no encaja en ninguna de ellas. Y llega a la siguiente conclusión: “*Rabí, sabemos que has venido de Dios... nadie puede hacer las señales que tú haces*”. La vida de Jesús no tiene explicación natural ni religiosa. No corresponde a ninguna estructura terrenal. Tampoco se lo puede identificar con ningún maestro que haya en Israel. Este hombre vino del Padre. El ADN de Jesús es Divino, todo en Él es una expresión del Reino que no puede ser dividido. Los actos cotidianos de Su vida no encajan en las ecuaciones humanas. Hay una sola fuente capaz de dar a un luz un hombre así: Dios. Esto llama poderosamente la atención de Nicodemo. De

repente, se encuentra frente a un escenario desconocido pero atractivo. Aún no ha descubierto bien cuál es la razón que capta tanto su interés, pero está dispuesto a descubrirlo aunque deba poner en juego su reputación. Esa noche, sale en una búsqueda cuidadosa de Jesús. Nadie puede verlo. ¿Qué dirían aquellos que lo dan todo por guardar la santa tradición farisea si ven a este líder hablar con un apasionado joven que acaba de voltear las mesas en el templo, acusando al sistema religioso de transformar la casa de su Padre en una cueva de ladrones? Estar dispuestos a perder la posición, reputación y control es el primer paso de aquellos que anhelan dejar de ser hijos de la religión y transformarse en hijos del Espíritu. Y Nicodemo lo hizo.

Rápidamente Jesús toma el mando de la conversación. El Maestro sabe qué es lo que atrajo al religioso a esta cita divina. Este hombre necesita ver, más que saber. Entonces le dice: *“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”*. La palabra original para “de nuevo” también implica “de arriba”. Es necesario nacer de arriba. Juan lo explica de esta manera:

“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”

- Juan 1:12-13

No podemos cumplir el propósito de Dios ni ver Su Reino si no sabemos quiénes somos y a dónde pertenecemos. He dedicado mi primer libro *El jardín de la amistad* para describir de dónde venimos y a dónde vamos, un lugar de intimidad donde Dios nos está esperando cada día para revelarnos Su corazón. Dios ha puesto este libro *Hijos de la intimidad* en mi corazón, para revelar quiénes somos, una generación nacida “de arriba”, del corazón del Padre, del fruto del amor entre Cristo y Su Iglesia. No hemos nacido “de abajo”, de la tierra. Juan dice que: “Los hijos de Dios no fueron engendrados por personas, fueron un deseo del Eterno”. No son fruto de estructuras religiosas, de denominaciones o de “super” ministros. Son hijos del secreto. Una vez que la iglesia entienda quién es, definida por el Padre, alcanzará niveles de manifestación de la gloria de Dios nunca vistos anteriormente. Si no vivimos el proceso de morir a la religión y nacer de nuevo y de arriba, nunca podremos entender en plenitud el Reino de Dios. Creo que esto describe a cientos que hoy ocupan bancos

en los templos cada domingo. Pero Dios está haciendo nacer una generación de hijos e hijas del Dios vivo, que manifestarán el cielo en la tierra y la naturaleza del Padre en todo lugar. Unificarán el Reino dividido, no solo conocerán los principios sino que vivirán el poder de la Palabra, movidos por el Espíritu Santo y sus vidas solo podrán ser explicadas por argumentos sobrenaturales.

Hijos del Espíritu

He aprendido el potencial que tiene el hacerle preguntas a Dios. Muchas veces no recibimos respuestas, porque no hacemos las preguntas correctas. Dios no tiene problemas con nuestras preguntas cuando realmente nuestra motivación es escuchar Su voz y recibir Su dirección. *Cuando Dios pone una inquietud en tu corazón es porque Él quiere darte una revelación.* Nicodemo preguntó, y en ese momento se abrió un portal de revelación tremendo para su vida, y para nosotros que disfrutamos de esta conversación transformadora:

“Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”

- Juan 3:4-6

Para nacer de nuevo hay que morir primero. ¿Cuánto de tu humanidad debe morir para convertirme en un hijo del Espíritu? ¿Cuántos aspectos de tu carácter te han acompañado siempre y han nacido de la carne? ¿Cuántos de tus sueños provienen de abajo y no de arriba? Cuando Dios te llama a matar algo en tu vida, es que Él quiere traer a luz algo mucho más glorioso. En este proceso Nicodemo estaba muriendo, pero estaba naciendo un hijo de la intimidad que defendería a Jesús en el Sanedrín delante de todos los religiosos³, alguien que junto a José de Arimatea llevaría el cuerpo de Jesús a la gloriosa tumba.⁴ Un hijo de la religión estaba desapareciendo y un protagonista del Reino e íntimo de Jesús estaba por manifestarse. “Nacer de agua” era un término que usaban los judíos para el nacimiento natural. Jesús estaba diciendo que además del nacimiento natural, debía haber un nacimiento engendrado por el Espíritu Santo.

Cuántos “muertos vivos” caminan hoy por la tierra que han nacido de agua pero no del Espíritu y entonces no pueden ver el Reino de Dios. Aún en la misma iglesia sucede esto. No tengo dudas que estamos experimentando el comienzo de un despertar espiritual que traerá una revolución de luz a las naciones. Hace años Dios está llamando a Su pueblo al amor íntimo. Podemos ver a la Amada del Señor responder a tal atractiva invitación de forma radical y apasionada. De esta pasión nacerá una generación de hijos de la intimidad. Cuando visito congregaciones en distintas naciones, no importa de la denominación que sean, puedo notar que cada vez son menos las cosas que nos separan y Dios está trayendo una misma identidad, deseos similares por la Presencia de Jesús y aún formas de adoración y oración en común. De repente, de las cuarenta y un mil maneras distintas de vivir la vida del Reino, en vez de discutir cuál es la mejor, entendemos que hay una forma y es ser como Jesús, un hijo “de arriba” y del Espíritu. Jesús fue claro: *“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”*. ¿Qué somos? Si nacimos del Espíritu, creo que como Jesús tenemos que empezar a identificarnos como “hijos de Dios”. Y con esta identidad asumir la responsabilidad que todos los que nos vean, vean la naturaleza del Padre en nosotros. Debo decirte que cada vez la religiosidad será menos atractiva para el mundo, pero cientos de Nicodemos pondrán en juego su reputación y posición para encontrar a hijos de Dios que porten la naturaleza del Padre. Mi corazón se goza cuando las personas ven a mi hija y me dicen: *“No hay dudas que es tu hija, se parece tanto a ti”*. Anhele que en la medida que vaya creciendo se convierta en una gran mujer de Dios que manifieste la naturaleza del Padre en las naciones. Que las personas no la identifiquen por su nacionalidad, o su religión, o su estatus social y cultural, sino porque es una hija que muestra al Padre y no puede ser definida por ninguna explicación que no sea sobrenatural.

Dios puso este mensaje en mi interior para aquellos Nicodemos que se sienten vacíos por la religiosidad y necesitan una revolución espiritual que cambie sus vidas para siempre. También para aquellos que como Jesús provocarán la atracción de muchos Nicodemos que les dirán: *“Yo no entiendo lo que haces, pero reconozco que vienes del Padre, porque nadie hace lo que tú haces”*. Seas uno u otro eres parte de una generación que está por manifestarse en la tierra, hijos de la intimidad, que en todo lugar donde estén, producirán que los cielos se abran, que el Espíritu descienda de forma visible y que la voz del Padre se escuche en la tierra diciendo:

“Estos son mis hijos amados y por ellos mi corazón siente placer”.

¿Cómo se produce ese cambio interno? ¿Cómo saber si soy un hijo de la religión o de la intimidad? ¿Cómo transformarme en un protagonista de lo que Dios hará en los próximos años en la tierra? Éstos han sido los interrogantes que me llevaron a dar a luz este libro. Cuestionamientos similares le hizo el principal de los fariseos a Jesús. Te animo a que avancemos juntos en este camino maravilloso y descubramos cómo Jesús transformó a Nicodemo en un hijo de la intimidad.